

Esta no era larga: Comprobada la culpabilidad del ciudadano José Morel, se le condena a sufrir la pena capital, cumpliéndose la sentencia media hora después de firmada.—Blanchet.

El anciano inclinó su cabeza ensangrentada sobre el pecho.

Luego levantándose lentamente dijo:

—¡Piedad! ¡Piedad, señor! Yo tengo valor en mi corazón y no me asusta la idea de morir; pero... me desespera la orfandad de mi familia!

El prisionero fué escoltado de nuevo para ser conducido al lugar de la ejecución.

Cuán fáciles corrían las lágrimas del pobre anciano al pensar en la triste suerte que esperaba a sus hijos; con cuánto dolor marchaba al suplicio sin poderles dar su última bendición y el beso santísimo de la suprema despedida!

Al llegar a la calle el jefe de la banda que debía cumplir la sentencia dictada por el ciudadano Blanchet, lo comunicó así a su tropa, y entusiasmada ésta prorumpió en nuevos éxtasis vivas a la revolución social!

En ese momento se elevaba una gruesa columna de humo hacia el lado del teatro del Odom.

José Morel recibió otra vez de aquella turba desenfrenada golpes y vejaciones; pero podría decirse que él no estaba allí; la fe en alas de su amor entregaba sus hijos a la misericordia del cielo.

Quince minutos más tarde el alma del pobre anciano ascendía al seno de Dios, santificada por el martirio.

Ni su esposa ni sus hijos han sabido tan dolorosos pormenores; tan sólo saben que el padre amoroso no volvió, que deben buscar el sustento en afán, pero siempre por el camino de la honestidad y del trabajo; que son huérfanos desde aquella tarde pavorosa. Es bastante saber!

FRANCISCO DE P. CALCAÑO.

NAPOLEON.

(IMITACION DE UN SONETO ANTIGUO).

—“Yo el poder de los Reyes aniquilo!”

Bonaparte exclamaba; “me admiraron con asombro los pueblos y temblaron y al áureo solio me elevé tranquilo.

De sus angustios Reyes el asilo Profanar los egipcios me miraron Y vencidos, huyendo, ensangrentaron Las turbias olas del revuelto Nilo.

Yo al regio carro encadené la suerte, Y fué mi nombre de victoria emblema: ¿Quién grande fué cual yo? ¿Quién fué más fuerte?

“¿Quién hay que humilde mi poder no tema?” —“Yo,” le dijo, tocándole la Muerte, Y arrojó sobre el polvo su diadema.

JOSÉ ROSAS.

UN CUENTO DE ESOPHO

REFERIDO POR CASTRO Y SERRANO.

TODO el mundo sabe que en el cuerpo humano hay una porción de bichos: unos que no se ven y otros que suelen verse, aunque estos últimos más valga que no se vieran nunca. Pero lo que no sabe todavía el mundo es que además de los imperceptibles y microscópicos, hoy en uso, existen en el cuerpo humano otros entes de razón a quienes la ciencia llama organismos por no atreverse a llamarlos personas. Estos señores y señoras, que de ambos sexos los hay, se entienden con las criaturas de la manera que va a observarse.

Supongamos que una mañana los músculos de una pierna principian a removerse y sentirse irritados consigo mismo; le dueño de aquella pierna anuncia con solemnidad que va a llover antes de cuarenta y ocho horas, pasando por astrólogo, cuando no por augur ó sabio de más alcances.

Pues nada de eso: es que el haz musculoso, alojado en la pantorrilla, le grita desde su cachitil: “no señora ó caballero. El demonio del reuma se nos ha introducido subrepticia-

mente y amenaza con su furia de chaparrones gotosos. Prepare usted el bálsamo de Opodeldoch ó el aceite de cayaput, que la cosa viene de veras.”

Otro día sale el hombre a la calle preocupado sin saber de qué, y tanto menos cuanto que carece de motivos para la preocupación. Sabe muy bien que el martes debe asistir a una Junta de la mayor gravedad; pero hoy es lunes, y sin embargo, le preocupan extrañas influencias.

¿Qué será aquello? Acude a su cita: no encuentra a nadie, la Junta fué ayer. Entonces cae en que el entecillo de las obligaciones le detuvo diciendo todo el día: —“Mira que hoy no es el lunes; anda a la Junta; mira que es el martes!”

Este entecillo u otro de la familia es con quien nos damos importancia de despertar a la hora que queremos, sobre todo para ir de viaje. No hay tal; la criatura humana es esencialmente dormilona, y si no tuviera quien la llamase por dentro, no despertaría. El que no alcanza nunca el tren, es que está reñido con el ente de las horas, así como el que pilla una indigestión, es porque no hace caso del ente que le dice “no comas más,” y el que se emborracha es porque desdeña a ese cariñoso amigo que de de el esófago le advierte “no más copitas!”

Nada de lo que decimos, ni muchas otras observaciones que se omiten en gracia de la brevedad, es invención nuestra. Todo ello lo sabía Esopo dos mil quinientos años hace. En su tiempo ocurrieron las sensibles escenas que vamos a referir.

Pues señor, este era un chico haragan y travieso que se llamaba Tiroides. Nació, no se sabe de qué padres, en el interior del pecho de las criaturas; y a expensas de las criaturas mismas, como expósito que se amamantaba del jugo de la beneficencia, amamantóse y creció con los avisos instintivos por por lo común engendran los desheredados. Tiroides desapareció de su albergue, sin causa justificada y se dio a correr el mundo en busca de aventuras que él creía lecciones de la civilización. Mientras tanto su bondadoso hogar quedaba sumido en la barbarie.

Sucedió, pues, que el Hígado, con su hija la Vejiga de la Hiel, los hermanos Riñones, la Vena Porta, el canal Torácico, el Corazón y todos los organismos de la vida humana, que atentó a las leyes de la Providencia seguían en paz el curso de sus obligaciones, viéronse sorprendidos con la presencia del perdiduelo, infatuado con su sabiduría, con su verbosidad prestada y con el énfasis de una indiscutible dictadura. Colocóse en medio del taller humano y habló de esta manera:

—Compañeros, sois unos brutos. Yo vengo de recorrer el mundo, y me asombra encontraros tan necios como os dejé. Trabajáis día y noche como acémilas en favor de un ente despreciable, de un egoísta, de un avaro, de ese señor Estómago, que os desprecia desde que nacisteis y que os seguirá despreciando hasta vuestra muerte. El ocupa la mejor parte del cuerpo; de él se derriban y a él afluyen las cosas más selectas de la creación: los manjares delicados, los licores exquisitos, los jugos dulces, las frutas aromáticas, cuanto hay de gustoso y noble en la pródiga Naturaleza.

Tú, Hígado, te afanas en segregar con nimia exactitud la bilis que requieren los alimentos para hacerle fáciles las digestiones; la pobre hija que tienes y a quien el soberbio Estómago llama Hiel, pero nosotros por su belleza apellidamos *cística* (cestita), recoge y guarda el sobrante de tu labor para cuando el monstruo necesite fundentes más enérgicos en sus glotonerías.

Tú, Vena Porta, que por tu grandeza has obtenido el apodo de *magna* (cómo te reduces a simple atañor de sangre sin hierro y sin oxígeno, gasta los en los ardores de una comilona! Tú, pequeño Torácico, que conduces el suculento quilo para reponer las pérdidas de los abusos y preparar al déspota a nuevas indigestiones ¡por qué no te partes de una vez y le ocasionas el hambre canina! Tú, hermoso Corazón; vosotros, lindos Riñones; Glándula-

las, Plexos, Visceras todas, ¡soportaréis eternamente la esclavitud a que os condena el rico, el sibarita, el vago; ese infame de Estómago!

Calló Tiroides por un momento, contemplando la visible mella que su discurso hacía en el ánimo del auditorio.

Los entes de razón que ya principiaban a perderla, parecían conformes con las cláusulas del revolucionario, aunque alguno se atrevió a decir:

—Y qué le hemos de hacer? Nosotros no sabemos otro oficio, ni servimos para cosa diferente de la que ejecutamos.

—¿Que no sabéis otro oficio? Ya se aprenderá. Lo que importa primero es derrocar al patron, exterminar su raza, declararlo espúreo; después ya veremos.

—Lo que yo veo—dijo un Nervicillo que aunque endeble no parecía tanto—es que mejor ó peor, se nos alimenta, se nos paga la casa y se nos cura en las enfermedades.

—¿Que se os alimenta y se os cura? replió Tiroides indignado. Se os cura y se os alimenta como al negro de Etiopia, como al callo de Arabia, porque valeis dinero, y el miserable no quiere que se pierda.

—¿Pues qué es lo que debe hacerse?—exclamaron algunas voces.

—La cosa más sencilla del mundo—contestó el agitador novísimo. El Estómago vive de vosotros, de vuestros sudores, de vuestras tareas; el día en que no le trabajéis, se muere. Matadle, pues, parando vuestros trabajos todos a un tiempo.

La idea no fué desagradable para aquellos cándidos oyentes, que convinieron en ejecutarla al siguiente día. Tiroides les exigió, con la palabra de honor, sigilo y obediencia.

Pero en la conjura nadie se acordó del Bazo, y éste que, como todos saben, habita el entresuelo de la izquierda, por bajo del Estómago, se dirigió cautelosamente a media noche al entresuelo de la derecha, donde vive el Hígado, diciéndole con la mayor humildad:

—Vecino, yo me he enterado un poco de lo que se dispone para mañana, y no pienso mezclarme en el asunto; mas ¿qué será de mí Usted conoce como pocos mi triste situación; yo no sé lo que soy, ni por qué nací, ni el papel que me reserva la historia. Vivo en esa casa de enfrente donde se recoge a los enfermos y a los inútiles; con lo que ustedes descuentan de su jornal y las limosnas de los ricos, que suelen ser muy grandes, se sostiene ese refugio de la miseria; si desde mañana los jornaleros no cobran y los ricos se arruinan, ¿qué va a ser de nosotros los desdichados? Piense usted en eso, señor Hígado, y vea si puede impedir (usted que es de la clase media) que se lleve a cabo la conjuración de los que se tienen a sí solos por trabajadores.

Todo fué inútil. Al día siguiente se declararon en huelga los entes de razón. El Estómago tiró alguna cosa, porque le pillaba de reforzado, pero sucumbió al fin. Los que no tiraron poco ni mucho fueron los huelguistas, pues al cortar los recursos del Estómago se murieron ellos de hambre.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

(+++)

“AYOHUMA.”

(FRAGMENTO DE UN NUEVO POEMA DE RAFAEL OBLIGADO).

Esas músicas que están
Resonando de tal suerte,
Son la voz perenne y fuerte
Del clarín de Tucumán,
Y aquellas que al aire van
Veloces, rumbo a la gloria,
Son el eco que en la historia,
Nos conmueve y nos exalta,
De las campanas de Salta
Que están gritando ¡victorial!

¡Belgrano!... ¡libertad! ¡victoria!
¡Nuestro primer ciudadano!
¡Quién dice Manuel Belgrano
Sin que se sienta mejor!

Pudo el destino traidor
Que a tanta virtud abruma,
Arrojar la densa bruma
De Vilcapugio a tu frente,
Y hasta hundirte en la inoleante
Noche inmensa de Ayohuma;
Pero no pudo en su afán,
Dejar muda la voz alta
De las campanas de Salta,
Del clarín de Tucumán...
Y allá van, allá van
Veloces, rumbo a la gloria,
Desbordando de la historia,
Sobre el Andes, sobre el llano,
Diciendo a todos ¡Belgrano!
Clamando a gritos ¡victorial!

¡Ayohuma! ingrato día
En que, rasgada la entraña,
Sola, en áspera montaña
La dulce patria moría
Exangüe ya, se batía
Por las áridas mesetas;
Y las columnas inquietas
Del ejército español,
La envolvían bajo el sol
En chispear de bayonetas.

Tras la carga resistida,
La misma sangre pisando,
Iba la patria arrojando
A borbotones la vida.
Zelaya, suelta la brida,
Con sus jinetes avanza,
Y a lúpulo bote de lanza
Hace en las filas reales,
Gallar las dianas triunfales,
Callar la adusta venganza.

Superior rueda al abismo
Y los infantes de Cané;
Solo atraviesa aquel llano,
Solo, confiado en sí mismo,
El que en su heróico idealismo
Se goza hendiendo leones,
El que no cuenta legiones
Y es personal en la lid:
¡Solo se va La Madrid
A acuchillar los cañones!

Mas ¡ay! en vano irradian
Luces de gloria sus hechos:
En pelotones, deshechos,
De cuesta en cuesta rodaron,
Pero en Zelaya vibraron
Los arrebatos postreros:
Vuelve a trepar los senderos
Que el español desaloja,
Y a contentarlo se arroja,
Con su turbión de lanceros.

En la profunda quebrada,
Al pié del cerro vecino,
Suena el clarín argentino
Tocando inmensa llamada.
Serenó el pecho, la espada
A mal guardar, la visera
Alta en la frente guerrera,
Marcial y firme la planta,
Manuel Belgrano levanta
Con muda fé, su bandera.

Al gran clamor obedientes,
Van los dispersos llegando:
Unos, bravíos, alzando
Las armas resplandecientes;
Aquellos mustios, dolientes,
Llenos de afán y senojos;
Otros, más que hombres, despejados,
Que, arrastrando su deamayo,
En la bandera de Mayo,
Ponen el alma y los ojos.

Firmes, en cuadro formaron,
Y, a un breve toque marcial,
Se arrodilló el general,
Y todos se arrodillaron...
Como en Tucumán, alzaron
La oración, que el alma exhala,
Y que fué, tendida el ala,
Hacia las místicas redes
De la Virgen de Mercedes,
Su radiante Generala.

Del cuadro en fúnebre son,

Se difunde en un instante
Un hervor de agonizante
Que estremece el corazón.
Perturbando la oración,
Jura impío un veterano;
Otro al hijo llama en vano,
Aquel se alza a una descarga,
Y delirando: “¡a la carga!”
Rueda a los pies de Belgrano..

Un silencio va cundiendo
Grave, triste, religioso,
Que a veces rompe rabioso
De un fusilazo el estruendo;
Suelta el sol, que está muriendo,
La corona rota al mar;
Y se oye al lejos sonar
Como estertor de aquel día,
Vagorosa melodía
Que va llorando al pasar.

RAFAEL OBLIGADO.

PATRIA.

(FRAGMENTO DE UN TEXTO INÉDITO SOBRE INSTRUCCION CIVICA).

Hay un pueblo, jóvenes, que arremolina entre los demás pueblos como la niebla de las cumbres. Con su historia y con su fé va por la eterna vía peregrina de la especie humana.

Era una tarde, tarde del mundo pagano; la inteligencia de un hombre lanzó un destello y sobre la cima de olvidado monte abrió sus brazos al amor y a la verdad, la cruz de la redención; desde entonces muchos hombres y muchos días han pasado; a todos rumbos extienden sus fronteras naciones y razas diferentes, y como impulsadas por el mismo sentimiento hacen de su lote de tierra el culto que principia en el hogar o en el calor del patriotismo y termina en Dios con la santa veneración. Y por la eterna vía va ese pueblo solicitando a cada etapa un rincón de descanso; no tiene montes ni tiene llanos, no tiene valles ni tiene ríos; a la puerta de su tienda de campamento, levanta el altar salvado entre el equipaje del destierro, y tiendas y adunas desaparecen a cada instante como en las crestas de las montañas desaparecen y se pulverizan los pedruzcos de espuma.

Llámalo pueblo judío, pero en realidad no es un pueblo; le falta arraigo para que se desarrolle, le falta estabilidad en el mismo ambiente y dentro de la misma atmósfera, le falta luz del mismo sol, sombra de las mismas noches, color del mismo cielo, los mismos mirares y las mismas perspectivas para engendrar la unidad y armonía en el físico de los mismos hombres y en la moral de los mismos corazones; es una comunidad de girones de pueblos distintos que en holocausto de la comunidad deseada llegan al sacrificio del rincón nativo.

Imaginaos, jóvenes, la más humilde de las patrias, imaginaos todos los Estados de los hombres y todos los grados de la pasión, no encontraréis un solo pueblo con cualquier grado de cultura, con cualquier pasado ó con cualquier porvenir que no tenga su génesis de gloria, sus días de amanecer venturoso, sus recuerdos que abrigaban su historia, su página en el gran libro de la humanidad, y sobre todo, su tierra en donde duermen muertos queridos a la sombra de las viejas selvas que crecieron viendo pasar las generaciones remudadas y remudándose ellas mismas con las intermitencias de la fatalidad.

Cantos y armonías, gritos de aspiración y gritos de guerra saludan la arribada de cada mañana conmemorativa; desde el pié del asta hasta el tope enhiesto sube la bandera a la vez que el naciente sol hacia el zenit: con ímpetu de desborde, sonidos y acciones se confunden; había el hombre y saluda a sus mayores, había el corazón y canta a sus recuerdos, y todo en conjunto sube y sube en torbellino como la voz inmortal de la patria es capada de los labios de sus hijos.

Y ese pueblo no tiene semejantes expan-

siones; los recuerdos desmenzados por común preocupación, aquí y allá, al sud y al septentrion, excavados los sepulcros de sus progenitores, y como sombras sus vivos pasando de escenario a escenario, formando en todos los grupos sin pertenecer a ninguno, rígidos dentro de la misma algazara y sin esas horas en que se vacía el alma en una nota de canción nacional, va y va pasando de clima a clima con los miembros dispersos por antiguo cataclismo y pendiente su unión de un pobre dogma religioso.

Eso es, jóvenes, un pueblo sin patria; bebe en la copa sin asistir al banquete, señala la huella de su paso, y apenas señalada, el azar la borra; oculta sus virtudes en hogar ajeno, y como una sarcástica recompensa los dueños del hogar le enrostran sus vicios; sin estallidos de unidad de hombres, sin tintes, ni sin atributos de nacionalidades, sin alegrías tras la victoria ni tristezas tras la derrota, con salmos de canto de pueblo y con severas teogonías por leyes de desarrollo, eso es, jóvenes, un pueblo sin patria que va por la eterna vía, peregrino, de la especie humana.

Imaginaos ese Estado, vosotros que lleváis disuelta en la sangre la altivez nacional, imaginadlo bajo la impresión de que planta extranjera se asentará en el conito más lejano de nuestro territorio; imaginadlo en los momentos de duelo y en los arranques de entusiasmo, y vereis cómo el hombre se siente huérfano con la ausencia de propiedad territorial y cómo es de áspero el camino que disciñan dolmenes malditos.

Patria es amor, es libertad, es gloria, y este concepto, escrito por la poética fantasía, tiene toda la variedad de un razonamiento maduro; amor es como sentimiento que vive en el corazón del ciudadano y que al arrullo de tierna caricia ó al ímpetu de pasión desbordada, lleva al niño, a la mujer y al hombre a la cima del calvario en el sacrificio y a la cima de la alegría en la buena ventura: libertad es como aspiración que identifica la vida del ser a la vida de la nacionalidad y la hace indivisible bajo el panto de vista de la moral; y gloria, es como compendio de todos los triunfos.

LA DAMA BLANCA.

(TRADICION.)

Arillas del Rhin, en sitio que hoy pertenece al gran ducado de Hesse-Homburgo, alzabase en otro tiempo, muchos siglos hace, el castillo de Werder, un castillo requero entre espesa arboleda de encinas y helechos, residencia del príncipe Rodolfo, señor feudal de la comarca.

Era este magnate un antiguo dignatario de la corte imperial de Carlomagno, valiente, altivo, soberbio, cuya voz de mando hacía temblar a sus vasallos, y cuya dura mirada sólo se dulcificaba al contemplar el angelical semblante de su hija la princesa Guillermina.

¡Qué hermosa era esta princesa! Blanca y rubia, sus largos cabellos formaban un marco de oro al óvalo de su rostro, y caían por detrás en apretados bucles y trenzas; sus ojos azules, muy oscuros, como si estuviesen llenos de dulces ensueños, reflejaban toda la poesía que parece difundirse en torno de las márgenes del Rhin; alta, gentil, esbelta, asemejábase a una estatua de virgen romántica, labrada en blanco alabastro por un artista helénico.

El príncipe Rodolfo adoraba a su hija, huérfana de madre a los pocos días de su nacimiento, y más de una vez, contemplándola tan bella y pura, se preguntaba con alguna zozobra cuál sería el porvenir de aquella niña después que él, ya anciano y achacoso, descendiese al sepulcro.

Porque vivía Rodolfo en absoluto aislamiento del mundo, en la soledad de su castillo, entre sus recuerdos de gloria y plácida tranquilidad de espíritu que tiene en su ancianidad el hombre digno y honrado, el noble caballero, el fiel cristiano.

Guillermina, que también adoraba a su padre, vivía igualmente en absoluto retiro, entre sus plegarias, su música y sus flores; pero llenábase de alegría cuando la visitaba su hermana de leche, Marta, una campesina bellísima, sonrosada, alegre, que amaba a la princesa con toda la ternura de un corazón generoso.

Juntas las dos niñas, desaparecía al punto la desigualdad de clases: la princesa y la vasalla eran dos amigas cariñosas, dos entrañables hermanas, que paseaban por los bosques cogiendo flores y buscando nidios de juguetes, y si alguna vez las sorprendía la lluvia, retirábanse al castillo de Werder, y Guillermina se complacía en mostrar sus joyas a Marta, y recitaba e cogidas trovas provenzales.

Un día observó la princesa que Marta estaba triste y pensativa, y habiéndola preguntado el motivo, la campesina se ruborizó y no supo qué contestarle.

Y era que el príncipe Rodolfo tenía, entre sus criados, un escudero llamado Hernán, arrogante joven que había ganado el afecto de su señor, a quien acompañó desde niño, lo mismo en la guerra que en las cacerías por las montañas de la comarca.

Hernán profesaba a la princesa Guillermina el respeto más profundo, y se inclinaba ante ella, en señal de adoración, lo mismo que ante una *Madonna*; más ruborizábase la princesa cuando la mirada del joven escudero se encontraba con la suya, y el corazón le palpitaba con rapidez cuando oía la voz de Hernán.

Pensando en él Guillermina sentía en su alma dulcísima turbación, mezcla de alegría y tristeza.

Una tarde, paseando ella sola bajo los árboles sombríos que rodeaban el palacio de su padre, escuchó de pronto, al llegar a un bosquecillo de sauces, la voz de Hernán que decía:

—Amame, adorada mía; amame, que serás mi esposa.

—¿Yo esposa vuestra?—respondía la voz de Marta.—Una campesina pobre, oscura, ignorante....

—Eres hermosa, eres pura, eres buena, y todo esto vale más que el esplendor de la cuna, de las riquezas y de la sabiduría. ¡Te adoro, y serás mi esposa!

Guillermina estuvo a punto de desmayar se como si estuviera ebria, alejose de la enamorada pareja y regresó al castillo.

—¿Cuanto lloró aquella noche!

—¿Por qué Hernán—se preguntaba—no me amará, en vez de amar a Marta? ¿No soy más bella que mi hermana de leche? ¿No soy princesa y ella es humilde aldeana, vasalla de mi padre? ¿No sé tañer el laúd y cantar dulces trovas de amores? ¿cómo podrá resistirme?

A la mañana siguiente bajó a la sala de guardias, donde estaba su padre Rodolfo, en compañía de Hernán, disponiéndose para una partida de caza.

—Estás pálida y triste, hija de mi alma!—le dijo el anciano príncipe, besándola en la frente.—¿Qué tienes, Guillermina? ¿te sienten enferma?

—No, padre mío; todo lo contrario.... Deseo dar un paseo a caballo, largo, muy largo, hasta el sepulcro de aquella hija de Carlomagno, vuestro antiguo soberano, que quiso ser enterrada al lado de su amante Eginardo. ¿Permitís, señor, que me acompañe y proteja vuestro escudero Hernán?

—¡Idos—respondió el príncipe Rodolfo, olvidándose de su proyectada partida de caza—y ¡quiera Dios que las caricias del sol de vuelvan a tus mejillas el color de la rosa, y a tus ojos azules el brillo de la salud!

Guillermina y Hernán cabalgaron largo tiempo, ella en blanca hacanea y él en fogoso corcel, a través de montañas y de llanuras.

La princesa fue la primera que rompió el silencio.

—¿Conocéis la historia de Eginardo y su amada?—preguntó a Hernán.—El (prosiguió sin esperar respuesta) se atrevió a amar a la

hija del emperador, su soberano, y la pasión triunfó de todos los obstáculos. ¡Los dos amantes se unieron en vida y en muerte! ¿Qué decía, Hernán?

El joven escudero callaba, sin atreverse a manifestar a la princesa los sentimientos que animaban su corazón: pensaba en Marta, más bella y más pura ante sus ojos que la misma hija de Carlomagno.

Llegaron a la célebre abadía que guardaba el sepulcro de los dos amantes, retratados en magníficas estatuas de mármol blanco, yacientes sobre la losa funeraria, con las manos enlazadas y en actitud de mirarse perpetuamente.

La princesa arrodillándose ante el monumento, y después de breves momentos de plegaria y de meditación, dijo a Hernán:

—Si yo fuese la hija de Carlomagno, me amaría hasta vencer todas las contrariedades que se opusieran a nuestro amor, como Eginardo a su amada, para vivir y morir conmigo.

Hernán palideció, y acaso el fantasma de la ambición cruzó por delante de sus ojos, procurando fascinarte; pero la imagen patética de Marta le sonreía, y mirándola impresa en su alma, encontró fuerzas para responder a la princesa:

—Yo, señora, soy un siervo de vuestro padre, y nunca me atreveré a elevar mis pensamientos hasta vos.

Guillermina se levantó, subió a la hacaña y echó a andar hacia el castillo de su padre, seguida del respetuoso escudero.

Pocos días después, Marta, radiante de alegría, visitaba a la princesa y la decía entre dulces rosas:

—Vengo a hacer una confesión a la amiga, y a pedir una merced a la princesa: Hernán me ama, y yo le adoro. ¿Queréis pedir a vuestro padre que nos permita ser esposos?

Guillermina no respondió, y aquella noche permaneció largas horas al lado de su padre, quien le dijo abrazándola, cuando la acompañó hasta su dormitorio:

—Duerme tranquila, hija mía: si de ello depende tu felicidad, yo renunciaré gustoso a mi investidura de príncipe en favor de Hernán, para que él sea tu esposo.

—¡Ah, no! El escudero, fiel a su amor, rehúsa la oferta de Rodolfo, y dos meses más tarde se casó con la humilde campesina a quien amaba.

Y la noche de las bodas de Hernán y Marta, la princesa Guillermina, que presenció desde un rincón oscuro de la iglesia la bendición nupcial de los dos amantes, desapareció del castillo de su padre.

¿A dónde fue? ¿quizá a buscar en las aguas del Rin, lento, profundo, misterioso, el olvido y la muerte?

No se sabe: dícese en aquella comarca que en las noches de clara luna pasea por los almenados muros del castillo de Werder una *dama blanca*, que susle gritar con dolientes ayes:

—¡Hernán, Hernán! ¿yo te amo!

PEDRO FERNÁNDEZ LUIS.

(O)

A LA FÉ.

(INÉDITA.)

Qué tristes son los gozos de este mundo, que pasan presurosos, cual meteoro, y nos dejan dolor grande y profundo haciéndonos verter amargo llorol

Entonces, al cruzar por la existencia, muertas ya nuestras bellas ilusiones, imploramos del Cielo la clemencia; le pedimos a Dios sus bendiciones.

La fé, que es un refugio en este siglo, calma nuestros acerbos suspiros y nos hace entrever en nuestro anhelo rico Eden de delicias y de flores.

Nada importa sufrir aquí en la tierra, que hay un premio en el Cielo, para el hombre, a quien la sociedad en cruda guerra le quita la honra, posición y nombre.

Nuestra santa y hermosa religión, es madre de la fé, bella y sublime; ¡desgraciado del pobre corazón que dudando de todo, triste gime!

Por eso yo a la fé divina canto; un altar en mi pecho le he erigido, es el escudo poderoso y santo que en el mundo falaz me ha defendido.

CAMERINA PAVON Y OVIEDO.

Febrero 4 de 1887.

LO QUE DICE LA MUERTE.

(TRADUCCION DE J. DE SILES.)

—Dejad venir a mí los que lucharon; dejad venir a mí los que padecen, los que en tedio y dolor se apacientaron, los que sus propias obras escarnecen.

En mí, los sentimientos que amargaron, duda, Pasión y Mal se desvanecen. Las fuentes del sufrir, que no cesaron, en mí, como en un mar, desaparecen....

Interprete, la Muerte, silencioso, habla así con acento misterioso de invisibles destinos, muda y fría.

Mas es, en su mudez, más resonante que el clamoroso mar, y más radiante allá, en su noche, que la luz del día.

ANTHERO DO QUENTAL

(Poeta portugués.)

RIMA.

Voy, contra mi interés, a confesarlo; pero yo, amada mía, pienso, cual tú, que una oda sólo es buena de un billete del Banco al dorso escrita. No faltará algún nido que al oírlo se haga cruces y diga:

«Mujer al fin del siglo diez y nueve, material y prosaica».... ¡Bobería!

¡Voces que hacen correr cuatro poetas que en invierno se embozan con la liral! ¡Ladridos de los perros a la luna!

Tú sabes y yo sé que en esta vida con genio, es muy contado quien la escribe, y con oro cualquiera hace poesía.

GUSTAVO A. BREEQUE.

¿Por qué la noche callada de negras sombras se viste? ¿Acaso está enamorada?

—Está triste. —Triste!... ¿Y su pesar alegre riñiendo al amor tributo vestida de sombra negra?

—Va de luto. —¿Luto! Por eso a deshora camina con paso incierto: ó celos ó ausencia llora.

—¿Lora a un muerto. —Muerto! ¡muerto! Triste punto de su amorosa porfía; pero, ¿quién es el difunto?

—¿Quién?... El día. —¿El día su faz esconde rotos los mortales lazos!

—Murió... pero... ¿cómo? ¿dónde? —En sus brazos.

—En sus brazos! ¡Trance fuerte que en negro luto la abisma! Pero, ¿quién le dió la muerte?

—Ella misma. —¿Por eso triste y callada de negras sombras se viste?

—Por eso viene enlutada, muda y triste.

La desanimación proviene, como la ambición, de la impaciencia de éxito.

GASPARIN.

El dinero que poseo uno es el instrumento de la libertad; el que persigue, el de la servidumbre.

J. J. ROUSSEAU.



Tomo III.

México, Domingo 29 de Octubre de 1893.

Núm. 119

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XXXIV

Cayóme en gracia el viejecito. Fino, afable, cortés, jovial, sin llanezas ni bromas de mal gusto, de fácil palabra y amena conversación, el P. Herrera, a pesar de sus años, parecía un mozo por la frescura de sentimientos. Le hallé tal y como Angelina me le pintara.

—Ya le conocerás—me decía la joven—es muy sencillito, muy locuaz. A veces tiene cosas de chiquillo. Por eso le quieren tanto sus feligreses. Y mira que los indios son insubribles. Dicen: *por aquí, esto, lo otro*, y no hay manera de que entren en razón. Papá los sobrelleva de un modo que a las dos palabras ya están sumisos y obedientes. Dicen que San Sebastián era antes un pueblo perdido, un pueblo de haraganes y de borrachos. Allí sólo las mujeres trabajaban.... Ahora es otra cosa. Papá consiguió que le oyeran, y ahora todo anda a las mil maravillas. Ha puesto escuelas para niños y otra de niñas. La iglesia no es ya la que encontramos, fría, húmeda, pavorosa. Papá la ha puesto como una tacita de plata. Yo quisiera que tú la vieras....

Los altares lindísimos; el púlpito magnífico, nuevo, de madera riquísima; digno de un obispo; las imágenes muy buenas.... Una Virgen de los Dolores, que es una perla; un San Sebastián que da gusto verlo. Todavía quedan algunas imágenes feas.... pero.... ¡imposible! Papá dice que con el tiempo todo se consigue, y que él acabará con esos santos que parecen hechos para asustar chiquillos. Ya tú sabes lo que son los indios. Y todos quieren mucho al señor Cura. Una vez dijeron allá,

que se iba; que le mandaban a otro curato, y todo el pueblo, todito, se juntó en la plaza, para pedirle que no los dejara. Papá les dijo que no, que estuvieran tranquilos; pero ellos no hicieron caso, y más de cien se fueron a Jalapa, y se le presentaron al señor Obispo. Ahora, si tú vieras a mi papá.... No para, no para. Temprano dice misa. Después, un rato al jardínito, una huerta muy bonita, con muchos árboles frutales, con hortalizas, y un gallinero, ¡qué gallinero! Luego a la iglesia, a oír confesiones, a bautizar, a cuanto se ofrece. Lastima me daba verle. En ocasiones llueve a cántaros, como llueve por allá, y vienen por él, para ir a una confesión.... Y allá va el pobrecillo, en su mula, a subir y bajar cerros, porque allí todo es subir y bajar. De regreso descansa un ratito, y a las escuelas, a enseñar a los muchachos, a dar lección de catecismo a las inditas. Y en la tarde, rosario, sermón. En Mayo, mes de María, ¡qué altar! ¡qué flores! Para flores.... La Sierra! Ahora, si vieras qué bueno y qué bondadoso es con todos.... Nunca se impacienta, nunca está malhumorado. Para una cosa sí es terrible, para el arreglo de la casa. No puede ver nada fuera de su sitio. La mesa ha de estar bien puesta, sin que falte nada, ¡unidadito! El dico que en las casas bien arregladas no dura mucho la tristeza; que en una mesa bien servida, aunque no haya en ella ricos manjares, ni perdices, ni lampreas, no falta la alegría. Ya tú verás, hay que andar listas. Que lo diga señora Francisca....

Era muy ilustrado el P. Herrera, muy instruido, sabía de muchas cosas, y se pere-

cía por la Botánica. Era de oírle cuando se soltaba hablando del movimiento religioso en Inglaterra y Estados Unidos. Estaba al tanto de los progresos científicos, y sin pedanterías ni vanidades, así, como quien no quiere la cosa, discurría, como un sabio, de Filosofía y de ciencias físicas y naturales, dando innumerables muestras de su claro talento y de su copiosa erudición. ¡Buenos ratos me pasé oyéndole hablar de Religión! ¡Qué manse-

dumbre! ¡qué dulzura! ¡Nada de vanos escrúpulos ni de ridículas gatzmoñerías!

Tres días estuvo con nosotros; al cuarto se fué a Pluviosilla, con objeto de arreglar algunos negocios, y asistir a no sé qué fiesta solemnisima en el templo de Santa Marta. Estuvo por allá una semana. El veinte de Febrero ya le teníamos de regreso.

El viaje de Angelina quedó resuelto. Se iría, y no la volveríamos a ver hasta que pasara la Semana Mayor. ¡Qué amargo fué para mí aquel mes de Febrero! Y para todos. Mis tías ocultaban su tristeza. Tía Pepa, siempre tan parladora, enmudeció como los pajarillos del corredor, silenciosos y tristes a la sazón por el cambio de pluma; la enferma nos parecía más abatida que de ordinario, y Angelina salía y entraba, arreglando los equipajes, mustia y cabizbaja.

No se cómo pudo trabajar durante ese tiempo. Para colmo de males tuvimos que hacer de sobra en el despacho. Castro Pérez traía entre manos un negocio muy difícil, y se le iban las horas hojeando libretos y dictando alegatos. La tarea terminaba a las mil y quinientas, volvía yo a casa entre nueve y diez